

II.

Cuando al día siguiente, á las ocho, bajó Octavio á la tienda, se sorprendió al ver que todo el mundo en la casa estaba enterado del accidente que había ocurrido la noche anterior, y de que el estado del casero era desesperado. Por supuesto que el enfermo preocupaba poco: lo que á todos parecía in-interesar, era la herencia que dejaba.

Los Pichon se disponían á tomar el chocolate, cuando al ver pasar á Octavio le llamó Julio:

—Buena se va á armar, si al fin se muere, le dijo. ¡Vamos á ver escenas edificantes! ¿Sabe V. si ha hecho testamento?

El joven, sin responder, preguntó cómo había llegado la noticia á sus oídos.

Maria la había sabido en la panadería: las criadas habían ido difundiéndola de casa en

casa. Y después de dar un cachete á la niña, porque se lavaba los dedos en la jícara de chocolate, añadió la joven:

—¡Deja mucho dinero! ¡Si se acordara de nosotros y nos dejara cinco céntimos por cada mil de los que tiene! Pero no hay miedo de que se le haya ocurrido tan buena idea.

Al marcharse Octavio, añadió:

—Ya he leído los libros que me trajo V.... venga V. á recogerlos cuando guste.

Bajó aprisa, inquieto, recordando que había ofrecido á Mad. Duveyrier enviarle á Berta, antes de que cualquiera indiscreción la informase de lo que ocurría, y al llegar al piso tercero tropezó de manos á boca con Campardon.

—Hola, amigo, exclamó éste... ¡Con que su principal de V. hereda! Según mis noticias el viejo tenía seiscientos mil francos, y además esta casa. ¡Es claro! no gastaba nada viviendo en compañía de los Duveyrier y le quedaba lo que se trajo de Versalles, y por añadidura lo que le producían los alquileres... ¡Una buena breva para repartirla en tres partes!

Hablando de este modo bajaba con Octavio; pero en el segundo encontraron á madame Juzeur, que volvia de averiguar en qué había pasado su criadita más de una

30849

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CASO DE LA TIRIA
"ALFONSO DE LEÓN"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

hora que había tardado en ir á comprar cuatro sueldos de leche, y como era natural tomó parte en la conversación, mostrándose bien enterada.

—No se sabe en qué forma ha dejado sus bienes, dijo: de seguro habrá historias.

—De cualquier modo, ya me gustaría á mí estar en su lugar, añadió sonriéndose el arquitecto... La cosa no es difícil... se hacen tres partes iguales, cada cual pesca la suya; y paren ustedes de contar.

Mad. Juzeur se asomó á la barandilla, miró hacia arriba, y cuando estuvo segura de que no la oían, dijo en voz baja:

—¿Y si no hallasen lo que esperan? Corren rumores...

El arquitecto arqueó los ojos, y encogiéndose de hombros expuso, que todo aquello eran habladurías. M. Vabre era un viejo avaro, que guardaba sus ahorros en el tradicional calcetín. Y después de expresar de este modo su opinión se fué, porque tenía una cita en Saint Roche con el cura Manduit, diciendo antes á Octavio:

—Mi mujer está muy quejosa con V. Entre V. de vez en cuando á verla.

Mad. Juzeur deteniendo al joven:

—¿Pues y á mí? añadió. Me tiene V. muy abandonada... Creía que me estimaba V.

algo; pero ya veo que no es así. Cuando venga V. á verme le daré á probar un licor delicioso que me han traído.

Ofreció visitarla y corrió hacia á la calle, pero antes de llegar á la puerta de la tienda encontró al paso un grupo de criadas que estaban repartiendo la fortuna del moribundo. Tanto para Mad. Clotilde, tanto para M. Augusto y tanto para M. Teófilo. Clemencia fijaba las cantidades, y las sabía bien porque Hipólito le había dicho lo que tenía el viejo, y el ayuda de cámara había visto el dinero en un cajón. Julia sin embargo, discutía las sumas. Lisa contaba cómo su primer amo, un viejo solterón, la había engañado reventando sin dejarla siquiera la ropa sucia, mientras que con los brazos caídos y la boca abierta, escuchaba Adela aquellos cuentos de herencias figurándose que veía pilas de monedas de plata. En la acera, con aire solemne, hablaba M. Gourd con el almacenista de papel de enfrente, indicando que en su concepto el casero había espirado ya.

—Lo que á mí me interesa, añadió, es saber á quién le ha tocado la casa. Que lo han repartido todo... perfectamente; ¡pero la casa no pueden dividirla en tres pedazos!

Octavio llegó por fin á la tienda. La pri-

mera persona á quien vió sentada delante de la caja fué á Mad. Jossierand, ya peinada, vestida y como quien dice con el arma al brazo. Cerca de ella estaba Berta, que por lo visto habia bajado á escape, con un sencillo peinador, y que parecia muy animada. Las dos se callaron al verle, y la madre le lanzó una mirada furibunda.

—¿Es así, caballero, le dijo, como demuestra V. su gratitud á la casa? Ya sé que toma V. parte en la conspiración que traman los enemigos de mi hija.

Quiso defenderse, explicar lo que habia pasado; pero sin dejarle hablar, le acusaba de haber pasado la noche con los Duveyrier buscando el testamento del viejo para arreglarlo á su gusto. Y como Octavio se riera, preguntando qué interés podria tener en ello...

—¿Qué interés? añadió: ¿qué interés? Vuestro interés caballero, debia ser el de correr á anunciarnos lo que pasaba, ya que Dios habia querido que fuese V. testigo del accidente. ¡Cuando pienso que sin mí no sabria á estas horas mi hija nada de lo que ocurre! Si yo no vengo volando, me la despojan como dos y dos son cuatro. Su interés de V... ¿qué sabemos cuál es? Aun que Mad. Duveyrier está ya algo averiada, en

este mundo hay gentes para todo. ¡Creo que me explico!

—Por Dios, mamá... exclamó Berta... ¡Clotilde que es una santa!

Mad. Jossierand mirando con piedad á su hija:

—¡Calla tonta! exclamó... ya sabes que en este mundo se hace todo por el dinero.

Octavio necesitó referirles con sus pelos y señales cuanto habia sucedido. Entre tanto las dos se dirigian miradas confidenciales: no habia duda, habian hecho gatuperios. ¡Clotilde era demasiada buena queriendo ahorrar emociones á la familia! Para quien la creyera. Al fin dejaron al joven consagrarse á sus ocupaciones, no sin conservar dudas acerca de su participación en el asunto, y continuaron charlando con viveza.

—¿Quién va á pagar los cincuenta mil francos, inscritos en el contrato de boda? dijo Mad. Jossierand. Cuando él esté debajo de tierra, no los atrapa un galgo.

—¡Oh! ¡los cincuenta mil francos! murmuró Berta algo confusa. Ya sabes que él como vosotros, debia darnos diez mil francos cada seis meses... Aún no ha cumplido el primer plazo... mejor es esperar.

—¡Esperar...! esperar á que vuelva del otro mundo para traerlos... ¡Tiene gracia...!

Pedazo de animal, tú quieres que te roben... No y mil veces no... Ahora mismo, en caliente, vas á exigir que te den el dinero antes de proceder al reparto de la herencia. Nosotros vivimos aún á Dios gracias: no pueden saber si pagaremos ó no; pero él ha muerto, y es preciso que pague.

Obligó á su hija á jurar que no cedería de su derecho, porque no había dado lugar en ningún tiempo á que la tomasen por una estúpida. Al mismo tiempo que se enfurecía, prestaba el oído hacia el techo como si quisiera averiguar á través del piso entresuelo lo que pasaba en el principal en casa de los Duveyrier. El cuarto del enfermo debía precisamente hallarse encima del sitio en donde estaba. Augusto había subido á ver á su padre en cuanto ella le anunció lo que sucedía, pero esto no la tranquilizaba, deseaba ir ella misma, y como no podía, se imaginaba que urdían contra su hija las más complicadas tramas.

—Vé, vé tú, exclamó al fin dirigiéndose á Berta. Augusto es demasiado débil, y son capaces de hacerle cómplice de sus planes.

Berta subió. Octavio que arreglaba el escaparate las oyó, y al verse solo con madame Jossierand que se disponía á salir, prometiéndose un día de asueto, la pregunta

si no sería conveniente cerrar la tienda.

—¿Por qué razón? le dijo. Espere V. si quiera á que se muera. ¿A qué fin perder la venta que pueda hacerse?

Y después al ver que iba á poner en el escaparate una pieza de seda grana, añadió para dulcificar la rudeza de su frase anterior.

—Lo único que puede V. hacer, es no poner colorines en el escaparate.

Berta halló á Augusto cerca de su padre.

Nada había cambiado en la habitación desde la víspera: continuaba triste, silenciosa, llena de la misma respiración agonizante. El viejo rígido sobre la cama, permanecía completamente privado de sentimiento y movimiento. El cajón lleno de papeletas aparecía aún en la mesa: no se había movido ningún mueble, no se había abierto al parecer ningún cajón. Los Duveyrier se mostraban muy abatidos, fatigados por la noche de insomnio, inquietos y mortificados por una continua preocupación. A las siete habían enviado á Hipólito al Liceo Bonaparte á buscar á su hijo Gustavo; y el chico, un joven de diez y seis años, delgaducho y precoz, estaba allí con el asombro de un día de inesperadas vacaciones que debía pasar cerca de un moribundo.

— ¡Ah! querida mía... ¡qué golpe tan atroz! dijo Clotilde adelantándose á recibir á Berta.

— ¿Por qué no avisarnos á tiempo? respondió ésta poniendo la cara seria de su madre. Nosotros debíamos haber ayudado á ustedes á soportar tanta desdicha.

Augusto la suplicó con la mirada que callase. Aquel no era el momento oportuno de formular quejas. Podían esperar. El doctor Juillerat que ya había estado una vez, debía volver de un momento á otro, pero no les daba esperanza... el enfermo no llegaría á la noche. Augusto comunicaba estas noticias á su mujer, cuando entraron Teófilo y Valeria. Clotilde fué á su encuentro, y repitió al dar un beso á su cuñada...

— ¡Qué golpe tan atroz! querida mía. Teófilo estaba muy enfadado.

— Eso es, dijo en alta voz; se le muere á uno su padre, y el carbonero de la esquina es quien se encarga de anunciarlo. Por lo visto habéis querido tomaros tiempo para registrarle los bolsillos.

Duveyrier se levantó indignado; pero Clotilde le detuvo mientras decía en voz baja á su hermano:

— Desgraciado... ¡Ni la agonía de nuestro pobre padre te merece respeto! Mirale, con-

templa tu obra; si, tú eres quien le ha puesto así por negarte á pagarle lo que le debes de alquileres.

Valeria se echó á reír:

— ¡Eso no puede ser más que una broma! dijo.

— ¡Cómo broma! añadió Clotilde indignada. Ya sabéis cuánto le gustaba cobrar la renta de su casa. Si os hubierais propuesto matarle no podiais haber hecho nada más á propósito que negarle ese gusto.

La reyerta continuó en términos más vivos, acusándose reciprocamente de que querían anticiparse la herencia, cuando Augusto los llamó al orden.

— ¡Callad! les dijo: ya tendréis tiempo de reñir. En estos momentos no es oportuno.

La familia cediendo á la justicia de aquella observación, rodea el lecho del enfermo. En medio del silencio que siguió, volvió á oirse la respiración del agonizante. Berta y Augusto estaban á los piés de la cama, detrás de ellos y cerca de la mesa, se colocaron Valeria y Teófilo, Clotilde se hallaba á la cabeza teniendo detrás á su marido y delante á su hijo Gustavo, á quien el viejo Vabre adoraba. Todos se miraban sin pronunciar una palabra. Pero sus ojos expresaban las sordas reflexiones que se hacían, los ra-

ciocinios llenos de inquietud y de irritación que formitaban aquellas cabezas de herederos. La vista del colegial tan cerca de la cama, exasperaba á los dos matrimonios jóvenes; porque no había duda, los Duveyrier contaban con la presencia de Gustavo para enternecer al abuelo si recobraba el conocimiento.

Pero este propósito era al mismo tiempo una prueba de que no había testamento, y las miradas de los Vabre se dirigian furtivamente, hacia una antigua caja de hierro que el notario había llevado de Versailles, colocándola en uno de los ángulos de su cuarto. Allí guardaba todo cuanto tenía precio á sus ojos. Sin duda los Duveyrier se habían apresurado á registrar la caja durante la noche. Teófilo proyectaba tenderlos un lazo para obligarlos á hablar.

—Diga V., murmuró al oído del magistrado, convendría llamar á un notario... Papá puede querer cambiar sus últimas disposiciones.

Duveyrier no le entendió al pronto. Como se aburría demasiado en aquel cuarto, no había hecho toda la noche más que pensar en Clarisa. Lo más prudente era reconciliarse de verdad con su mujer; pero la otra era tan retrechera, sobre todo cuando tiraba la

camisa por todo lo alto, y con la mirada vaga, fija en el moribundo, la veía tomando parte en aquellas escenas lividinosas y habría dado todo el oro del mundo por poseerla una vez más, una siquiera. Teófilo tuvo que repetir su insinuación.

—Ya he preguntado á M. Renaudin, contestó Duveyrier muy azorado, y no hay testamento.

—Lo tendrá en casa.

—Tampoco aquí.

Teófilo miró á Augusto. No había duda, le había cogido en el lazo. Los Duveyrier habían hecho un registro minucioso. Clotilde observó su mirada y se irritó contra su marido. ¿Qué le pasaba? ¿El dolor le quitaba su habitual malicia para los negocios? A fin de enmendar la torpeza:

—Papá ha hecho seguramente lo que ha debido hacer, dijo, y por desgracia no tardaremos en saberlo.

Se puso á llorar, y Berta y Valeria hicieron otro tanto, aunque con menos efusión. Teófilo se volvió á su sitio de puntillas: ya sabía lo que quería saber. Además, si su padre volvía en sí, no dejaría á los Duveyrier abusar de la presencia del monigote de su hijo, para que los mejorase. Pero al sentarse notó que su hermano Augusto se en-

jugaba los ojos, y entonces su emoción fué tan grande que le ahogaba. La idea de la muerte le afligía: tal vez moriría él también como su padre y esto era horrible. Entonces toda la familia se deshizo en llanto. El único que no podía llorar era Gustavo. Todo aquello le consternaba y miraba al suelo, acompañando su respiración con la del enfermo, y esto por ocuparse en algo, como cuando en el colegio le hacían marcar el paso en las lecciones de gimnasia.

El tiempo pasaba: á las once volvió el doctor Juillerat, y manifestó que el enfermo empeoraba hasta el punto de que dudaba que pudiese reconocer á sus hijos antes de espirar. Los sollozos comenzaron cuando Clemencia anunció al cura Manduit. Clotilde que salió á su encuentro, fué la primera que oyó sus palabras de consuelo. Parecía identificado con el dolor de la familia, y tuvo para cada cual una frase afectuosa. Después, con mucho tacto, habló de los derechos de la religión, é insinuó que no debían dejar partir aquel alma sin los auxilios de la Iglesia.

—Ya había pensado en eso, dijo Clotilde.

Pero Teófilo opuso algunas objeciones. Su padre no practicaba, y hasta en otro tiempo había profesado ideas muy avanza-

das porque leía á Voltaire: de todos modos, lo mejor era abstenerse toda vez que no era posible consultarlo. En el calor de la discusión, añadió:

—¡Es como si quisiera V. dar la Eucaristía á uno de esos muebles!

Las tres señoras le impusieron silencio. Profundamente conmovidas se pusieron de parte del sacerdote y se excusaron de no haberle mandado buscar, por efecto de la turbación que les había producido la catástrofe. Si M. Vabre hubiera podido hablar, de seguro habría consentido en recibir los Santos Sacramentos, porque ante todo y sobre todo no era amigo de las excentricidades...

—Aunque no fuera más que por el qué dirán, insinuó Clotilde.

—Eso es, tiene V. razón, exclamó, aprobando sus palabras el eclesiástico. ¡Qué pensarían en el barrio! Un hombre en la posición de su señor padre, debe dar buen ejemplo á los demás.

Augusto no emitió su opinión; pero Duvyrier, abandonando los recuerdos de Clarisa, que se le aparecía en aquel instante poniéndose una media con la pierna levantada, reclamó con elocuencia que se administrase al enfermo. Era preciso; ningún miembro de la familia había muerto sin recibir

los Sacramentos. El doctor Juillerat, que por discreción se había retirado un poco, evitando dejar traslucir su desdén de libre pensador, se acercó entonces al cura y le dijo con la mayor familiaridad, como á un camarada á quien hay costumbre de hallar á menudo en semejantes casos:

—¡Mire V. que urge...!

El eclesiástico partió en seguida anunciando que volvería con la Comunión y con la Extremaunción, por lo que pudiera ocurrir. Entonces Teófilo con su habitual terquedad, murmuró:

—Si se empeñan en hacer comulgar á los muertos contra su voluntad... eso es otra cosa.

Pero acto continuo experimentaron todos una viva emoción. Al volver Clotilde á su puesto, observó que el moribundo había abierto los ojos. No pudo contener un ligero grito, los demás acudieron, y los ojos del anciano pasaron lentamente alrededor del grupo que formaban sus hijos, sin que se moviera su cabeza. Asombrado también el médico, se acercó á la cabecera para seguir aquella crisis suprema.

—Papá... somos nosotros... ¿no nos reconoce V.? preguntó Clotilde.

M. Vabre la miró fijamente; después sus

labios se movieron, pero sin producir sonido alguno. Todos se empujaban para acercarse, queriendo arrancarle la última palabra. Valeria, que estaba detrás, tuvo que ponerse de puntillas, y dijo de mala manera:

—Le están ustedes ahogando... sepárense... Si dice ó quiere algo, no vamos á poder oírle.

Obedecieron su indicación, y en efecto, el enfermo prosiguió escudriñando la habitación con los ojos.

—No hay duda, desea algo... dijo Berta.

—Aquí está Gustavo, murmuraba Clotilde... ¿Le ve V., no es verdad? Ha venido del colegio para darle á V. un beso... Anda, hijo mio, besa á tu abuelo.

El chico, asustado, retrocedía; pero ella le detenía, mirando al viejo, con la esperanza de ver en el rostro descompuesto una sonrisa. Pero Augusto, que observaba la dirección de las miradas del moribundo, indicó que miraba á la mesa, y que tal vez quería escribir. Todos se apresuraron á complacerle, arrimaron la mesa, buscaron papel, pluma y tintero y le incorporaron un poco, poniéndole almohadas detrás. El doctor autorizaba todo esto con un simple guiño de ojos.

—Déle V. la pluma, decía Clotilde, temblorosa, sin soltar á Gustavo y procurando metérselo por los ojos á su padre.

Entonces hubo un minuto solemne. La familia, reunida en torno de la cama, esperaba. M. Vabre, que parecía no reconocer á nadie, soltó la pluma que le habían puesto entre los dedos. Miró á la mesa en donde estaba el cajón con las papeletas de su famosa estadística, se dejó caer hacia adelante, haciendo un supremo esfuerzo alargó el brazo, y cogiendo con la mano las papeletas se puso á removerlas, con el gusto de un niño feliz, que amasa alguna porquería. Estaba radiante, quería hablar, pero no acertaba á balbucear más que una sílaba, siempre la misma, una de esas sílabas que los niños de pañales repiten con frecuencia:

—Ga... ga... ga... ga...

Era que se despedía de aquel trabajo de toda su vida, de su gran estudio estadístico. De pronto inclinó la cabeza y quedó muerto.

—Me lo temía, balbuceó el doctor, extendiéndole en la cama y cerrándole los ojos, al ver el estupor de la familia.

¿Era aquello posible? Augusto apartó la mesa: los demás permanecieron mudos y helados. ¡Dios mío! ¿qué hacer? puesto que no había nada que esperar, por lo menos se

repartirían la fortuna que quedaba. Y Clotilde, después de apresurarse á enviar de nuevo al colegio á Gustavo, para evitarle el dolor de aquel triste espectáculo, lloraba, sin fuerza, la cabeza apoyada en un hombro de Berta, que sollozaba, lo mismo que Valeria. Teófilo y Augusto, cerca del balcón, se frotaban los ojos; pero quien se mostraba más desesperado, quien ahogaba los más fuertes sollozos con el pañuelo era Duveyrier. No, decididamente, no podría vivir sin Clarisa; mejor quería morir como el anciano que acababa de espirar.

—Señora, anunció Clemencia, los Santos Sacramentos.

El cura Manduit apareció en el dintel de la puerta. Detrás, asomaba la cabeza curiosa de un monaguillo. El sacerdote observó rápidamente lo que pasaba, preguntó con una mirada al médico, quien se encogió de hombros, como dando á entender que no era culpa suya si el enfermo se había ido antes de tiempo, y después de balbucear algunas oraciones, se fué un tanto mohino.

—Mala señal, decía Clemencia á los criados, reunidos á la puerta de la antesala. No se molesta en balde al Santísimo... ya verán ustedes como vuelve á esta casa antes que pase un año.

El entierro de M. Vabre se verificó al día siguiente. Duveyrier tuvo muy buen cuidado de indicar en la esquila de convite, que había recibido los Santos Sacramentos. Como se cerró la tienda, Octavio quedó libre y se alegró de aquel día de asueto, porque hacía tiempo que deseaba arreglar su cuarto, cambiar de sitio los muebles y colocar sus libros en un armario, que había comprado de lance. Se levantó más temprano que de costumbre y terminaba sus arreglos á las ocho el día del entierro, cuando María llamó á la puerta de su cuarto. Le llevaba un paquete de libros.

—Ya que no va V. á buscarlos, dijo, preciso es que me tome el trabajo de traerlos.

Pero se negó á entrar, poniéndose muy colorada, sólo al pensar que podía entrar en la habitación de un soltero. Sus relaciones habían cesado por completo y de un modo natural, porque él no había vuelto á buscarla; pero no por eso había dejado ella de mostrarse afable y hasta de sonreírle, cuando le encontraba.

Octavio estaba aquella mañana de buen talante y quiso darla broma.

—¿Es Julio quien la prohíbe á V. que entre en mi cuarto? dijo. ¿Y qué tal está V. con él? ¿Se muestra amable? Ya compren-

de V. lo que quiero decir... Vamos, respóndame V.

Ella se reía como una tonta, sin escandalizarse.

—Cuando V. le convida á Vermouth y le cuenta V. cosas que le hacen volver á casa como un loco... entonces es demasiado amable, respondió. No deseo yo tanto; pero prefiero que se desahogue en casa, á que vaya á otra parte.

Poniéndose de pronto seria:

—Aquí le traigo á V. la novela de Balzac... no he podido acabarla... ¡Es demasiado triste! Ese buen señor no sabe contar más que cosas desagradables.

Y le pidió historias en las que hubiera mucho amor, con aventuras y viajes á países extraños. Después habló del entierro. Se proponía ir á la iglesia; pero su marido llegaría hasta el cementerio. Nunca la habían dado miedo los muertos: á los doce años pasó toda una noche velando á un tío y á una tía, que habían muerto casi al mismo tiempo. Julio por el contrario, no quería hablar de muertos, y era tal su aprensión, que la había prohibido hablar del difunto que había en la casa.

Aparte de esto no hallaba nada que decir, y su marido, por su parte, tampoco encon-

traba otro asunto de conversación. Podía asegurar que no habían hablado más que diez palabras por hora, y siempre pensando en el muerto. Esto comenzaba á aburrirla, y deseaba que se llevaran cuanto antes el cadáver, para que Julio se tranquilizase. Contenta de verse á sus anchas, preguntó á Octavio si había visto al muerto, si se había desfigurado mucho, si era verdad, como le habían contado, que había ocurrido un abominable accidente al meterle en la caja, y si era cierto que sus hijos habían hasta descosido los colchones para buscar el testamento del viejo. Octavio dijo, que todos aquellos cuentos y chismes eran obra de las criadas. Después la dió nuevos libros:

—Otra novela de Balzac, dijo Maria. No, por Dios. Todo lo que pinta ese autor, se parece demasiado á lo que pasa en la vida real.

Al devolverle el libro, Octavio cogió su mano y quiso hacerla entrar en su cuarto. La curiosidad que había manifestado por la muerte le había chocado, y le pareció al verla animada, más viva y más apetitosa que otras veces. Pero ella comprendió la intención; se puso muy colorada, se escapó de sus manos y se alejó, diciendo:

—Muchas gracias, M. Mouret... Hasta luego: nos veremos en el entierro.

Cuando se vistió, Octavio recordó la promesa que había hecho á Mad. Campardon, de ir á visitarla. El entierro era á las once, tenía dos horas por delante y quiso aprovecharlas, haciendo varias visitas á sus vecinos. Rosa estaba aún en la cama; pero le recibió. Antes de entrar quiso marcharse, cuando le indicaron que todavía no se había levantado; pero ella misma le llamó. ¡Se le veía con tan poca frecuencia, y además se consideraba la esposa del arquitecto tan feliz al proporcionarse una distracción!

—Vea V. lo que son las cosas, dijo, yo soy quien debía estar abajo en un ataúd, como el casero.

Pareciale éste tan dichoso, por haber dejado de padecer, que Octavio, sorprendido al hallarla dominada por semejante melancolía, la preguntó si se sentía peor.

—¡Oh! no, gracias, contestó: siempre me hallo lo mismo; pero á veces me aburro y hasta me desespero. Aquiles ha tenido que poner su cama en su despacho, porque cuando dormía en mi cuarto, sólo oírle moverse me atacaba los nervios... Ya sabrá V. que Gasparina, cediendo á nuestras súplicas, ha dejado al fin y al cabo de ir á la tienda. ¡Le estoy muy agradecida, me cuida con una ternura! ¡Dios mío! Lo que es yo no viviría,